



Multiculturalidad y Psicoanálisis Relacional

Aportaciones del Colectivo GRITA¹ a la ponencia de Hazel Ipp

Coordina el presente documento: **Carlos Rodríguez Sutil²**
Colectivo GRITA, Madrid, España

En este breve trabajo se reflexiona a partir del trabajo de Hazel Ipp (Nell: Un puente para el Self amputado) sobre los temas de las emigraciones, los múltiples cambios culturales y transiciones acaecidas en nuestros plurales contextos de origen y pertenencia, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, y la visión que puede tomarse sobre los mismos desde la perspectiva del psicoanálisis relacional.

Palabras clave: Migraciones, Psicoanálisis Relacional, Multiculturalidad

In this brief paper some reflections are developed on the Hazel Ipp's paper (Nell: A bridge to the amputated self) focusing on themes about migrations, multiple social and cultural changes and transitions along our diverse contexts of origin and affiliation during the second half of XXth Century, envisioned from the perspective of relational psychoanalysis.

Key Words: Migrations, Multicultural, Relational Psychoanalysis

English Title: Relational Psychoanalysis and Multicultural.

Cita bibliográfica / Reference citation:

Rodríguez Sutil, C. et al. [Colectivo GRITA] (2009). Multiculturalidad y Psicoanálisis Relacional. *Clínica e Investigación Relacional*, 3 (1): 27-32.

[<http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/CEIRPortada/tabid/216/Default.aspx>] [ISSN 1988-2939]

Proponemos la siguiente traducción a la poesía de Lea Goldberg con que Hazel terminaba su intervención:

*Quizá sólo las aves migratorias conocen –
Suspendidas entre la tierra y el cielo –
La nostalgia de dos patrias.*

Esa es la nostalgia que Nell padece todavía.

Aún no podemos evadirnos de los efectos euforizantes que produce el discurso de un negro en la Casa Blanca, si, digo bien, “un negro”; citamos las palabras del periodista afroamericano Jack White³ que dice escribir con lágrimas en los ojos, después de la ceremonia de investidura del nuevo presidente de EE.UU. el pasado 20 de enero.

Por fin podemos asumir nuestra condición de americanos sin renunciar a nuestra condición de negros... hoy celebramos que el país que hemos amado tanto ha finalmente decidido corresponder nuestro amor.

En primer lugar, queremos expresar nuestro profundo agradecimiento a Hazel Ipp por su presencia en estas Jornadas y, especialmente, por la magnífica ponencia que ha presentado con la que se da lugar a un debate que intuimos clínicamente muy enriquecedor. Es de agradecer igualmente la valentía con que Hazel ha desvelado aspectos centrales de su contratransferencia.

El self amputado es un título muy bien escogido porque recoge dos niveles de pérdida, el nivel de afiliación de nacimiento en un país que fue perdido por tener que emigrar a otro país, en este caso Canadá y por otra parte la historia personal de Nell, la paciente que sufrió una amputación de buena parte de su self en desarrollo durante toda su infancia y adolescencia. Podemos entender los comportamientos, sentimientos y reacciones de Nell, como de cualquier otra persona, como una forma peculiar de adaptación a sus situaciones personales del pasado así como de los ambientes cambiantes en que le toca vivir. En otras palabras, las formas de adaptarse a un nuevo país depende del estilo básico de la persona. Su actitud de lucha política y su empatía ante las personas que sufren de la injusticia social parece motivada como una reacción ante sus carencias, fundamentalmente la experiencia de una madre que la abandonó. Esta experiencia de abandono permite comprender su segunda llamada a una terapeuta que no respondió la primera vez. Hazle, tal vez aparece bloqueada por una contratransferencia ante la imagen de una persona extraña (Afrikaner), aun procedente del mismo país de origen. El bloqueo afectivo posterior de Nell se corresponde igualmente con un bloqueo de Hazle ante una persona capaz de jugarse su seguridad personal por motivos políticos. La terapeuta destaca que sus intervenciones parecían tener poco eco en la paciente, sonreía suavemente, pero como si no le dijera nada o no tuviera sentido lo que le decía. Esa zona de Nell estaba negada, congelada, reprimida o incluso eran zonas de experiencia no construidas (Winnicott), experimentadas por un yo que no podía en aquellos momentos sustentar esas experiencias y desbordado por ellas. En ese sentido destaca la defensa – solución de compromiso - que la lleva a actuar como una heroína salvando a personas perseguidas por el gobierno del *apartheid*, cruzando las fronteras para sacarlas del país y así poder salvarles la vida. Como si

su self amenazado de muerte por el entorno familiar hubiera sido desplazado a esas personas para salvarlas, sacándolas de su propio país que era el que las amenazaba de muerte. El descubrimiento que hace Nell al final del relato de su conflicto inicial, materno, supone una liberación para las dos, paciente y terapeuta.

La historia de Nell nos interroga sobre los escenarios compartidos; las diferencias entre los contextos español y sudafricano son obvias, pero quienes de nosotros hemos vivido en nuestra primera juventud la época de Mayo de 1968, junto con la eclosión de los movimientos antifranquistas, desde mediados de los sesenta hasta el fin de la dictadura en España, podemos resonar con algunas de los contenidos latentes de Nell, la lucha anti-apartheid y sus consecuencias, sociales y subjetivas. También algunos de nosotros tenemos experiencia de migración desde Argentina hasta España y alguno incluso una doble migración, cuando además de ser argentino se es judío. Habrá muchas diferencias entre unas vivencias y otras -que ahora intentaremos resumir- pero, seguro, también numerosas similitudes.

En nuestro país, gran parte de la población ha pasado de la sociedad rural a la urbana, y, en un segundo momento, de los barrios obreros a las áreas residenciales más o menos acomodadas. De América (África, Asia) a Europa. De ideologías progresistas a neo-conservadoras. De la familia tradicional patriarcal a las “nuevas familias”; de la “familia numerosa” o los “premios de natalidad” a la anticoncepción del desarrollismo y de ahí a la infertilidad y a la adopción. De huir de la dureza del campo a comprar las naranjas a Sudáfrica y las manzanas a Chile.....

Ahora que es tiempo de migraciones, en muchas direcciones, en muchas condiciones, algunas tan dramáticas que hace muy difícil identificarse con ellas (por ejemplo, las que partiendo de África arriban por mar a nuestras costas), volver sobre lo vivido puede tener un sentido inesperado.

Volvamos treinta años atrás en nuestra particular máquina del tiempo. En aquella época nuestra, adolescencias tardías (o demoradas) y juventudes desbordantes atravesaban la lucha política como una de las formas de diferenciar identidades respecto de padres o madres mucho más conservadores, o para re-elaborar las latencias familiares del sufrimiento de los vencidos en la Guerra Civil Española, muchos de los cuales emigraron a América hace setenta años. Luchar contra Franco era un elemento de identidad importante, a la par que un camino para alcanzar los ideales de una sociedad mejor. Una lucha que, transformada, se prolongó hasta bien avanzados los ochenta por efecto de los coletazos del régimen anterior, incluido el impulso que supuso el fallido golpe de estado. Con el asentamiento de la democracia, la victoria socialista y los primeros años de gobierno marcados por reformas sociales y legislativas acabó la etapa en la que *luchar contra* era el aglutinador de la identidad subjetiva y grupal. La “lucha” pasó a ser una *narrativa de gloria* – casi legendaria - que transmitir a los hijos y nietos. Algunos de esos hijos crecieron incorporando los valores de cambio social como referentes importantes, mientras que otros fueron desprendiéndose de esos compromisos latentes, y llevaron al acto las ansias de crecimiento económico, desideologizando todos los cuestionamientos.

Para los que vinimos de Argentina, el desencadenante de la decisión de emigrar tuvo elementos en parte traumáticos ligados al conflicto bélico con el Reino Unido: la Guerra de las Malvinas (Falkland Islands). Otros emigraron antes, a causa de la represión política. Eso hizo que fuese una decisión involuntaria, forzada. No obstante, una vez terminado el

conflicto y pudiendo regresar, decidimos quedarnos en España, donde vivía parte de nuestra familia. Este hecho hizo que las condiciones en las que se produjeron la llegada a Madrid fuesen bastante mejores que para los que llegaban sin ningún apoyo familiar. Si hubiese que resumir las líneas generales de ese viaje (viaje geográfico, claro; pero también viaje interior; viaje por nuevos paisajes sociales; viajes por un modelo histórico y político novedoso - veces muy novedoso - teniendo en cuenta las diferencias evidentes entre un joven continente como es América y otro como Europa....) elegimos un eje que se podría titular: “Pérdidas y conquistas: un descubrimiento imborrable”. Hemos emigrado, quizás, de territorios de nuestra vida sin mirar atrás, amputando partes de nuestro self, que en ocasiones devienen miembros fantasma. El fantasma, entonces, se manifiesta a través del dolor somatizado, la desvitalización sobrevenida... que perduran y se enajenan mientras no les demos la buena muerte que reclama a través del duelo.

Es obvio que dejar el país - y más concretamente la ciudad - que se habitó durante su infancia y juventud (y a todas las personas con las que se compartieron esos años) implica un monto de pérdida muy significativa y que conlleva –en el mejor de los casos- un trabajo de duelo profundo y extenso. Los que no pudieron hacer ese duelo volvieron al país de origen más temprano que tarde y sin contar con las condiciones más adecuadas. O se refugiaron en guetos de las comunidades de origen, compartiendo una micro-realidad exportada de Buenos Aires a Madrid, con compatriotas, temas de conversación, comidas y actividades de manera exclusiva y excluyente, casi – negación mediante - como si la migración no se hubiese producido. Cuando se añade el rasgo de “ser judío”, como señalábamos, la emigración se duplica, sobre todo en un país, España, en el que desde finales del siglo XV se expulsó a todo poblador que se denominara así, y donde los pocos o muchos que quedaron se identificaron forzosa y, a la larga, totalmente, con la cultura cristiana. Era difícil explicar lo que significa “ser judío”, aunque al mismo tiempo ateo, ante unos compañeros que no tienen una idea concreta de ello, aunque muchos sean descendientes de “conversos”, con una tradición folclórica que menosprecia al judío, cuando no lo identifica con el demonio.

Una vez superado el primer impacto de la llegada, el primer momento de negación de lo perdido (y por lo tanto de negación de lo ganado también) las cosas empiezan a encaminarse y aparecen algunos elementos que permitieron hacer aquella operación que se resume en la pregunta: ¿Cómo podemos transformar esta derrota en una victoria? Uno de los beneficios - que llegó a través del dolor - fue que, producto de esa migración y sus consecuencias psíquicas, algunos nos vimos en la necesidad de iniciar una psicoterapia, algo a menudo decisivo en la elección profesional, años después. Psicoterapia que tuvo desde el inicio material para trabajar de mucha riqueza: la culpa que genera librarse de una absurda guerra, la elaboración de ese duelo que implica abandonar el país de origen, el impacto de ver “lo familiar” desde lejos, conocer -y asomarse- a puntos de vista hasta ese momento desconocidos, etc. Empezaron a tejerse nuevos vínculos y a constituirse una nueva red social. Nuevos seres humanos se integraban en nuestra vida – y viceversa - con el efecto y afecto tan placentero que producen los nuevos e inesperados encuentros. Lo que parecían pérdidas en gran escala –los afectos que quedaban en Buenos Aires- luego se relativizaron en gran medida y conservaron a buena parte de esos vínculos, en porque no se trataba tanto de elegir como de integrar. También es cierto que cada viaje a Argentina –y sobre todo cada despedida cuando toca volver- reactivan y recuerdan (en dosis homeopáticas, por suerte) las desventajas de tener algunos de los afectos tan queridos a más de 10.000 kilómetros de distancia.

Estos descubrimientos, como todos los eventos vitales significativos, nos han ayudado mucho en el trabajo clínico, desde la comprensión de los fenómenos ligados a pérdidas masivas hasta los beneficios de relativizar las diferencias aparentes para privilegiar algunas cuestiones de fondo que, como humanos, nos unen. Nuestro trabajo clínico ¿no es gran medida el encuentro entre dos seres que habitan -en muchos- casos territorios, aparentemente, muy diversos? La clínica nos propone la aventura profesional de vivir el recorrido relacional entre dos extranjeros (aparentemente) y al mismo tiempo congéneres. Apurando el modelo de la identificación proyectiva, Bollas nos sugiere buscar al paciente en nosotros mismos, en nuestras emociones y representaciones, para poder devolverle sus partes perdidas. Cuantas veces es el paciente quien nos permite tomar contacto con nuestros remotos y diversos parajes escondidos. Un terapeuta, por mucho análisis y trabajo personal que tenga a sus espaldas, tiene que estar en disposición de encontrarse consigo mismo cuando recibe al otro, siempre, en cualquier circunstancia, el otro nos va a enfrentar con cosas, con huellas que creíamos borradas, pero la piel no olvida tan fácilmente, la piel debe ser el órgano de cuerpo que más memoria tiene. Como decía Paul Valery: “no hay nada más profundo que la piel”.

Hemos pasado de ser, en apenas cuatro décadas, un país de emigrantes pobres a explotadores de inmigrantes tan pobres o más. No obstante, la habitual negación de los sufrimientos vividos se elaboró, a menudo, transformando nuestras frustraciones en esperanzas de logro narcisistas depositadas en los hijos. Nuestra clínica se ha visto nutrida en estas décadas de desencantados de diferente signo, a la par que de desorientados sin referentes de identificación, tras el derrumbe de los mitos de sus abuelos y sus padres, sin más alternativa aparente que integrarse en la feroz lucha del mercado y el afán de triunfo material.

Finalmente, el ejemplo de Nell, dividida entre Sudáfrica y Canadá, y nuestras propias vivencias de fragmentación, nos hacen recordar los versos de Don Atahualpa Yupanqui (compositor argentino, 1908-1992), pues la poesía es otro camino para entender las mismas.

A qué le llaman distancia
(Fragmentos)

A qué le llaman distancia
eso me habrán de explicar
solo están lejos las cosas
que no sabemos mirar

Los caminos son caminos
en la tierra y nada más
las leguas desaparecen
si el alma empieza a aletear.

Si los caminos son leguas
en la tierra y nada más.
A qué le llaman distancia
eso me habrán de explicar.

NOTAS

¹ GRITA es un grupo de pensamiento que se reúne en Madrid, constituido actualmente por Augusto Abello, Manuel Aburto, Alejandro Ávila, Rosario Castaño, Dora Deprati, Susana Espinosa, Ariel Liberman, Carlos Rodríguez Sutil, Pilar Vivar. Dirección de contacto: grita@psicoterapiarelacional.es; Más información en la página web: <http://www.psicoterapiarelacional.es/GRITA/tabid/62/Default.aspx>

² El método de trabajo habitual de GRITA implica la elaboración grupal por sus miembros de los documentos que se presentan, a partir de las aportaciones de los integrantes en sus sesiones de trabajo, y la integración final de los diferentes textos.

³ Moisés Naín, El País, 21-1-2009.